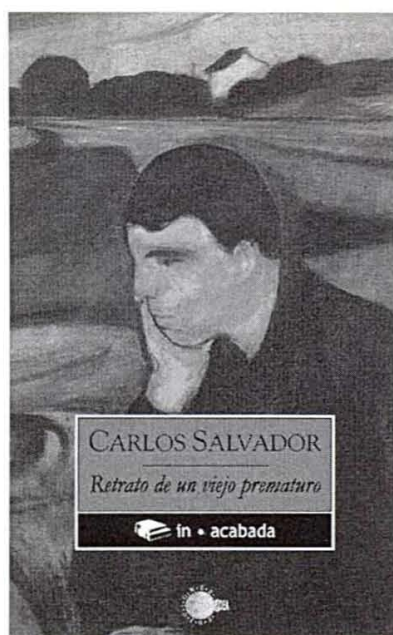
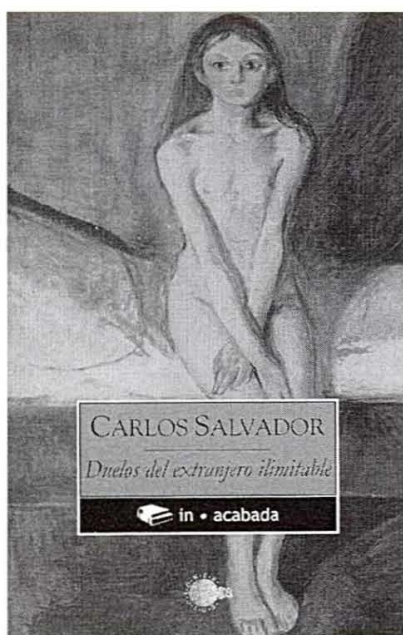
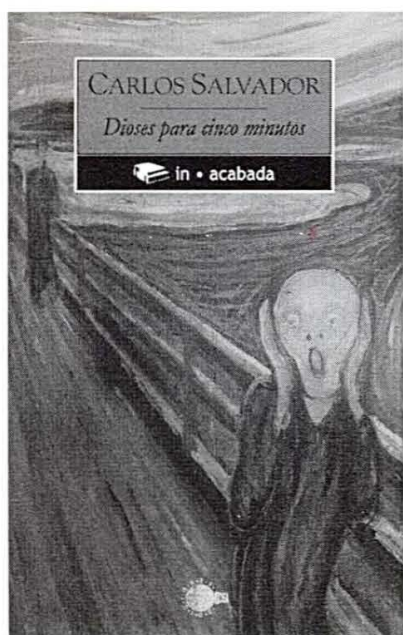


OBRA IN-ACABADA DE CARLOS SALVADOR



Son tres los libros de Carlos Salvador que –según refiere su biografía “murió como persona a los 27 años antes de nacer como autor”. En realidad su bibliografía “in-acabada” presenta por ahora tres afluentes que van a dar al río de su peculiar literatura. Uno de ellos hace de su corriente un pequeño caudal de poemas: se titula *Duelo del extranjero ilimitable*. En otra de las publicaciones queda embalsada una buena cantidad de aforismos, esas breves sentencias o chispas de ideas o expresiones con las que el autor pretende condensar, informalmente, su filosofía de la vida; esas formas, esos trozos de pensamiento se recogen en el título *Dioses para cinco minutos*. Carlos Salvador también trabaja, por otra parte, el relato; y nos ofrece media docena de cuentos, a los que le siguen un conjunto de ensayos; en definitiva que, cuentos y ensayos, se ponen bajo la cubierta de ese otro excelente libro, *Retrato de un viejo prematuro*. Son pues tres o cuatro ramales distintos para un mismo árbol literario. Porque ya sea por la senda del cuento o del ensayo, ya sea por la de los aforismos o la de los poemas, cada lector desembocará en un punto en el que se descubre a un escritor que vive a mil las vivísimas sensaciones que le procuran su quehacer literario.

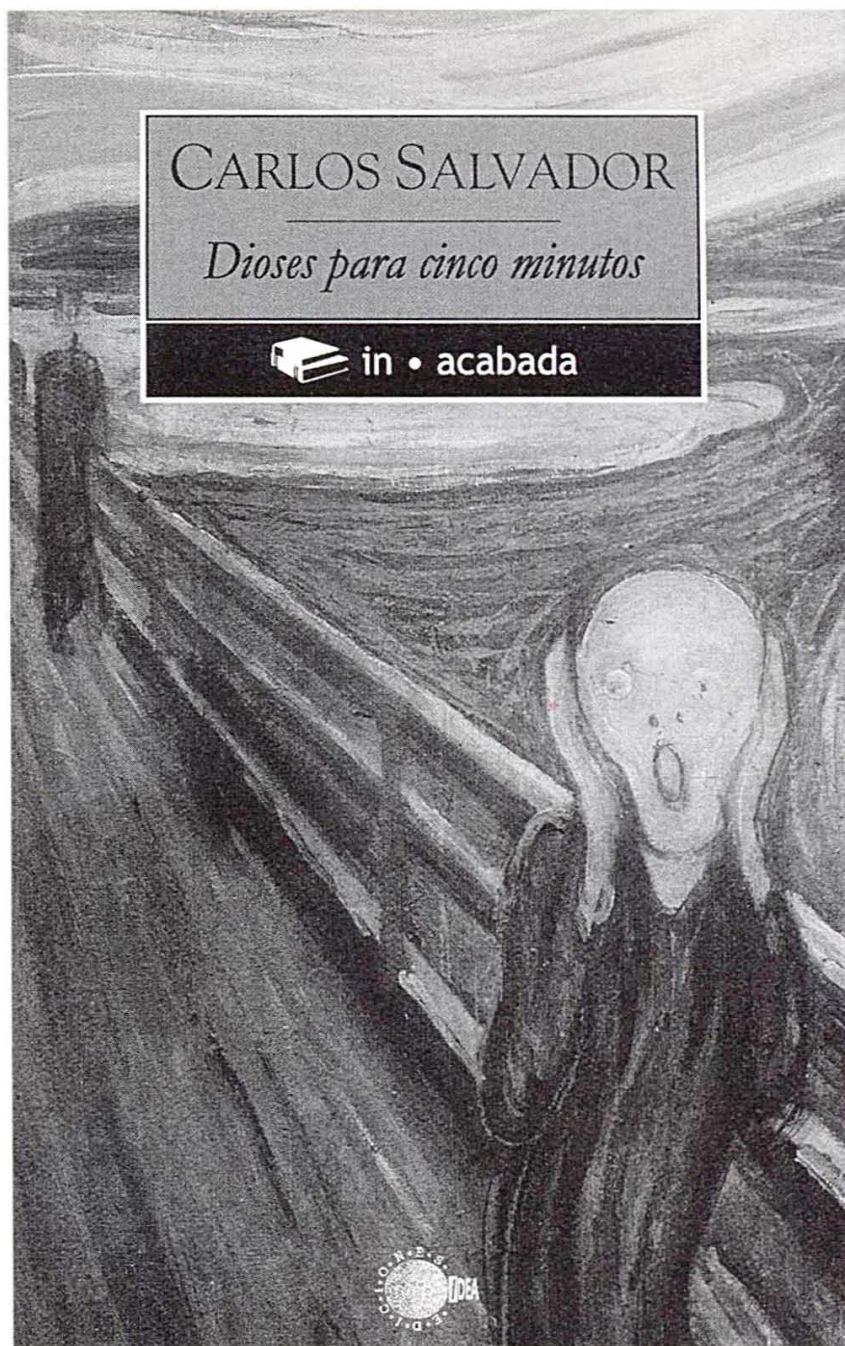
LA HOJA EN EL SURCO

EDUARDO HARO TECGLÉN

“Yo vivo al día siguiente”, dijo una vez. Pensemos que Carlos Salvador –salvado– llega hoy, un día siguiente, cuando una persona cualquiera lee estas delgadas y agudas hojas como de planta humilde y perenne de balcón: vive en el otro, entrado en la mente del otro por los ojos o por la voz, y se queda allí.

Tengo la mala suerte de no haberle conocido cuando él ya me conocía a mí, y la buena de que me da vida cuando le albergo: o sea, cuando entre en mí su frase, su ensayo, su verso.

“Enséñame lo que no sé”, me dice, y le devuelvo las palabras: me enseña lo que no sé; o veces me enseña lo que sé pero no he sabido formularme, como hacen los verdaderos escritores con lectores que no se pueden formular a sí mismos. Aprendo de él, como aprendí de mis hijos; soy el sucesor de los que debían ser mis sucesores, y llevo sus palabras y sus ideas a cuestras, sobre el lomo de lo que escribo, para que la muerte de ellos no interrumpa su palabra y viaje sobre mí hasta donde yo llegue. “Lo ridículo es no parar de hablar de la muerte, de la que lo ‘único’ que sabemos es que ‘es’ y ‘está’, escribe cuando se acaba. La muerte no existe, me digo muchas veces, recordando la de cada uno, la de todos ellos: simplemente, se deja de vivir. No hay una “Dama del alba”, ni un Segador de guadaña, ni un jugador de ajedrez; ni ese ángel que esculpen sobre algunas tumbas con un dedo puesto sobre los labios. Pide silencio. No le hagamos caso: es solo un mármol hecho por un hombre y una superstición. No queremos callarnos, y Carlos Salvador no calla, y los suyos transportan su voz. No hay Mas Allá, no hay fantasmas, ni sombras ni nada. Ni Infierno, ni Juicio Final, que son un par de horribles canalladas para atarnos al miedo. Pero hay una huella que se puede dejar en esta llanura: sus frases, que otros clavan en esta tierra, y transportan por la vida. No hay muerte: se deja de vivir, como antes de nacer. No hay ni siquiera ese “se” impersonal. La Nada, que es una imaginación, tan absurda como el Todo. “La imaginación de gestar lo paradójico”, dice él. Y “No quiero morir en



cinco minutos”. Cifra en la que encierra su tiempo previsto metafórico: “Dioses para cinco minutos”.

Y, como no hay muerte, el gran escritor niño, el adolescente escritor, no ha muerto. Habrá muerto para una barra del bar, para una caricia que alguien inicie y se quede con la mano en el aire en el que imagina su cabeza, para un teléfono que ha enmudecido. Su no ser da algún sentido a aquel otro muchacho perdido, Hamlet, que perdura por dudar entre ser y no ser. El no ser de Carlos viene aquí a ser: y aquí es querido, y transportado, entrado en otros cuerpos que le dan la vida y la continuidad. Sigue hablando, y le repetimos, y aprendemos su lección de parquedad y de emociones.

EL OFICIO DE VIVIR

ALFONSO GONZÁLEZ JEREZ

No quiero perpetrar ninguna metáfora, pero claro, será imposible, porque Borges ya explicó, como bien recordaría Carlos Salvador, que en toda palabra anida una metáfora, que, hasta cierto punto, toda palabra es una metáfora. Pero Carlos Salvador es, sobre todo, una biblioteca con las puertas entreabiertas al mundo indescifrable, un pequeño y pululante universo verbal, una apuesta por decidirse entre la palabra y la vida que solo podía desembocar en la vida incorrupta de la palabra, destino cumplido de un escritor que tuvo el tiempo justo de nacer y se nos quedó joven, inocente, sabio e impaciente para siempre jamás. La muerte no tuvo la última palabra. La última palabra es propiedad y ofrenda y regalo de Carlos Salvador.

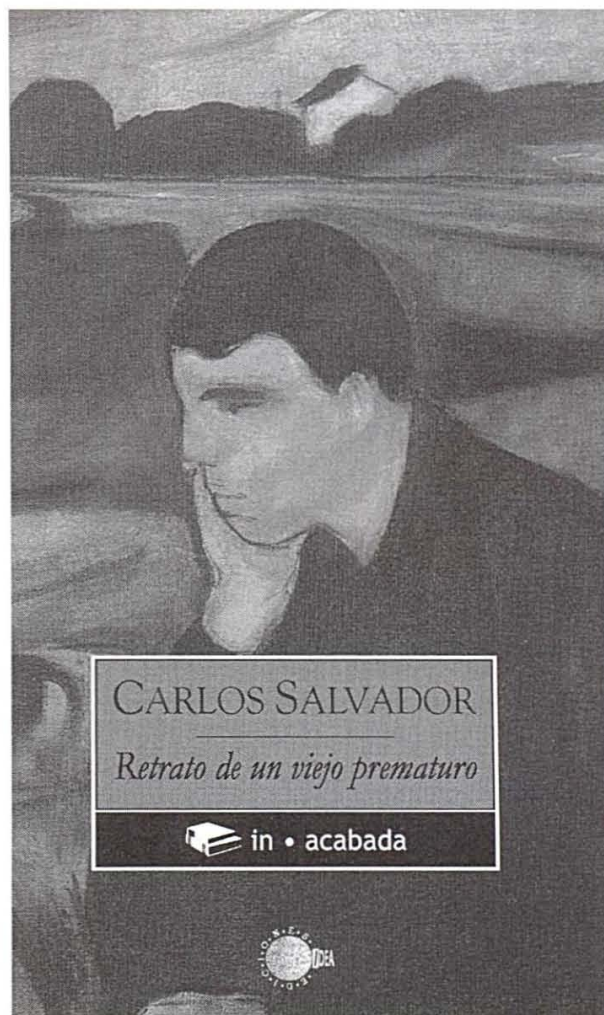
El joven escritor escribe con generosidad y valor y sus referencias literarias son expuestas impudorosamente, porque el suyo es un discurso todavía no manoseado por las desconfianzas y las trapacerías del oficio. Porque el acto de escribir puede ser descrito grandilocuentemente como una cósmica e irreductible necesidad de expresión, pero lo más certero, y aquí Carlos mencionaría a Pavese, es apalabrarlo como oficio. Solo asumiéndola como oficio es soportable la literatura, defensa absurda contra las precisas y bien ordenadas ofensas de la vida. El oficio de vivir. El oficio de poeta. El oficio de ser Carlos Salvador y construirlo día a día como un jornalero honrado pero exultante que explora y desintegra las convenciones de los géneros con una espléndida libertad, con una asombrosa capacidad de síntesis expresiva donde se amalgama literatura y cómic, cine y canción, culebrón y pintura, con un talento verbal que siempre sale bien parado, con un dominio pasmoso de la artesanía de la cita que nunca desprende el adolescente perfume de la pedantería aunque a veces abrume el festín.

Retrato de un viejo prematuro, como sus poesías, como sus cuentos, aforismos y artículos, avanzan y reclaman una estética de la fragmentación. Conviene no engañarse: el fragmentarismo de la obra de Carlos Salvador nada tiene que ver con su condición inacabada y hasta hoy anónima, sino que parte de una vivencia y una convicción, ambas tan intensas como reivindicativas, sobre el fenómeno literario. Italo Calvino ofreció seis

propuestas para la literatura del próximo milenio, el milenio de Carlos Salvador, que se nucleaban alrededor de seis conceptos fundamentales: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia. No se trata de practicar una literatura menor y consoladora, sino todo lo contrario: estos seis nudos sostienen una estrategia para devolver a la literatura su potencialidad para cifrar la experiencia humana con la loca ambición de la totalidad. “Mi fe en el futuro de la literatura”, dijo Calvino, “consiste en saber que hay cosas que sólo la literatura, con sus medios específicos, puede dar”. Quizás sin suscribirlo conscientemente, Carlos Salvador era profundamente calviniano, y entendió intuitivamente que en el mestizaje de disciplinas artísticas y géneros literarios,

incorporando, como Manuel Vázquez Montalbán cuarenta años atrás, la cultura popular a un discurso lúcido y libérrimo, podía encontrarse un instrumento válido para la expresión y la crítica, para la decodificación irónica de la realidad y la reconciliación con las palabras de la tribu.

Una narrativa que no huye de la disquisición pero que sigue contando, un falso yoísmo que a todos incumbe, un personaje que somos todos y es ninguno, los muertos que nunca mueren y los vivos que nunca viven y súbitos latigazos que nos revelan la mortal exactitud de la poesía trasmutada en ironía y alegoría, en ritmo conceptual y en greguerías como fogonazos. “Las mujeres rubias siempre mueren de inanición”. “Los días del Tibet mueren como el cisne, cantando”. “No tengo solvencia moral para matarme ni matarte”. “Todo empezaba a anochecer, incluso la misma noche”. En el amor y el desamor cabe todo y quizás por eso Carlos Salvador se inventó a Carlos Salvador. Será un invento perdurable que nos acompañará durante años y acompañará en el impredecible futuro a los mejores lectores, a los que no saben distinguir entre la literatura y la vida, entre los que se encontraba Carlos Salvador, escritor para siempre.



INACABADO

JUAN CRUZ RUIZ



Es impresionante este libro inacabado de Carlos Salvador.

Había en él ese germen de escritor ya lanzado a la vorágine de las más poderosas metáforas, y ya el primer verso de su impresionante poemario nos pone sobreaviso de la aventura que el poeta siempre adivina mientras escribe, sueña o piensa.

Manuel Vázquez Montalbán, a quien él amó, era un poeta de esas poderosísimas sugerencias de la historia del futuro; imaginó, por ejemplo, el futuro del sentimiento de su propia ciudad, Barcelona, y dejó escrita, incluso, en un poema ahora célebre la sensación de su propia muerte futura.

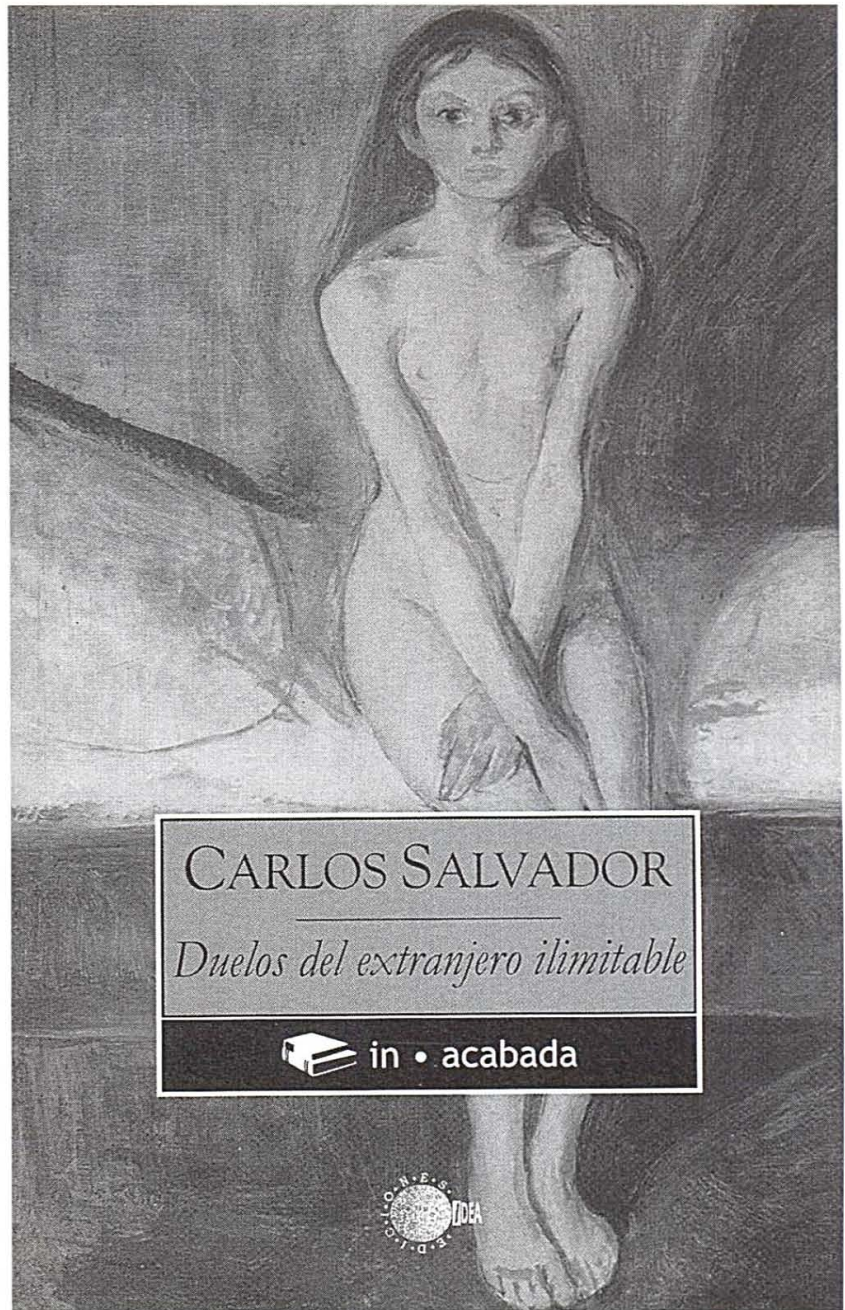
Otro poeta canario, Félix Francisco Casanova, un poeta de mirada luminosa y de ojos azules, ingenuo hasta la santidad, dejó escritas también las premoniciones de las que sólo son capaces los soñadores y los inocentes. Y estaba aquel José Luis Hidalgo de los cincuenta, el autor premonitorio de *Los muertos*.

Y ahora viene este poemario *inacabado* de Carlos Salvador a sumarse a esa nómina en la que también estuvieron Rimbaud y hasta Jaime Gil de Biedma, el poeta que dijo salvarse “después de la muerte de Jaime Gil de Biedma”.

En estos versos de Carlos Salvador (“yo/ peor que muerto/ inacabado”) está ese germen tremendo que ya abre los ojos al resto del libro como si estuviéramos no sólo delante de unos poemas sino de una mirada otra vez límpida, desengañada antes de los engaños, poderosa, capaz de advertirnos de la evidencia de la soledad que padecemos sin verla.

Hay, en seguida, la entonación surrealista que es tan propia de los poetas de su tierra, la ironía con la que se ve a sí mismo y con la que ve a los otros; hay la cultura y el viaje, y hay la luz tenue de su propia autocrítica, la relación difícil pero sustancial con el aprendizaje y con el olvido de lo que ha de olvidarse para que el mundo sea más feliz, más complejo o más claro.

Carlos Salvador domina, con la exquisitez de los que son capaces de disfrazar la cultura con la sencillez de los aforismos, el poema breve, musi-



cal, terminante, y a caballo entre esa destreza y sus interrogantes construye –construyó, qué terrible es escribir en pasado– una personalidad poética que revela un hombre de múltiples posibilidades narrativas.

Juan Cueto, a quien seguro que él leyó en sus multiplicadas incursiones por las páginas de los diarios, dice que lo que ha de tener el hombre es la mirada llena de dudas, la mirada distraída; y esta de Carlos Salvador es una mirada distraída, llena de encanto y de risa.

Los poetas han de estar asombrándose siempre; aquellos que viven en la quietud de lo ya sabido no salen a pasear por el mundo, no aprenden ni aprenden, están en su rincón, tocándose la barbilla como los pensadores viejos. Esta es la mirada distraída de una cabeza que no para de fijarse en todo lo que le viene, cultura y animación, seres y paisajes, palabras y sueños.



Hay multitud de referencias culturales y literarias –*Nunca llegarás a nada*, *El tambor de hojalata*, Kafka– que desvelan también la figura de un cronista de la realidad que se ha leído, pero está también el ciudadano comprometido con su entorno pero hay, sobre todo, el riesgo asumido por el que sabe que la ironía es la forma de comunicar el mundo: “Fritos o salazones/ inflan el aire de madrugada./ Yo, lector, la compro”.

Y está también la ternura. El padre, la madre. La dedicatoria. Los amores que vienen y van, la edad que parece imprescindible o imborrable, el ansia de vivir y también la locura de estar vivos o soñando. Carlos Salvador emprendió, con estos poemas, la lección de la vida; la asumió a veces quedamente y a veces a risotadas; como Ernesto Che Guevara, sabía que había que endurecerse sin dejar atrás, jamás, la ternura. Este es sólo el producto parcial de esa ingente humanidad que tuvo que desarrollar un hombre así, de tanto sentimiento y de tanta cultura humana, sentimental, humana.

“Lo oscuro de este innumerable toro helado/ que me acecha y muerden sus oxidados astros...” Leer este libro es acercarse a la luz de una voz insólita que, cerrado ya el volumen, sigue iluminando como esas velas a las que no apaga ni el atroz vendaval de los océanos. Porque es una vela y es también un océano.